



Mauro Muñoz

# Del desencanto a la ira

Se equivocaría el Gobierno si reduce lo que está ocurriendo estos días en toda España a un marco de causas puramente políticas. No es así. Detrás de la huelga general, de las protestas de los distintos sectores del trabajo y la profesionalidad, existen, sin duda alguna, manipulaciones interesadas e ideológicas. Pero la protesta, globalmente, en lo que tiene de más dura y solidaria, es de origen social. Ea, ea, ea, el español se cabrea. Lanzarse a la calle, plantar cara a la movilización de las fuerzas del orden, salir de los reducidos propios —como ha ocurrido recientemente en la manifestación de comerciantes en Madrid— no es fácil. Ni los partidos políticos, ni el mismo Gobierno, ni otras instituciones de profundo arraigo, como pudiera ser la Iglesia, tienen una capacidad de convocatoria tan grande, en el caso de que sintiesen la necesidad de hacerlo, como para hacer que millones de españoles —porque son millones si hacemos las cuentas, sumando las concentraciones— comparezcan para protestar. El simple análisis de la realidad es otro. De aquel desencanto que produjo el primer rodaje de la democracia, se pasó, más tarde, a su estabilidad, a la consolidación democrática, superado el trauma del 23 de febrero de 1981. La siguiente legislatura ya fue de color socialista. Se sucedieron después votaciones tan importantes como la del referéndum de la OTAN, las generales de junio de 1986; en ambas ocasiones, el PSOE obtuvo la confianza del pueblo. Yo creo, sinceramente, que no es sólo el hecho de que los socialistas no estén a la altura de las exigencias electorales, lo que está provocando la *guerra civil*, que se moviliza. Lo que ocurre es más complejo. La sociedad entera se conmueve, por la derecha y por la izquierda, porque se encuentra insegura ante el porvenir, sin respuesta de tipo material —que es básica— y sin formulaciones morales, que son trascendentales. Yo no digo que no haya soluciones; lo que ocurre es que esas soluciones no se conocen, no se realizan, no son participativas. Del desencanto de los primeros años se ha pasado, cuando ya parecía que todo estaba superado, a la ira. Y como la ira es ciega, se corre el peligro —ya detectado no sólo por los niveles políticos— de que en esa expresión de protesta se ensalzan cosas mucho más serias que las reivindicaciones puntuales, aun siendo éstas tan verdaderas y testimoniales. El Go-

*Como está en peligro la convivencia, debe plantearse una nueva etapa a partir de un Gobierno de concentración, en el que estén, no sólo los partidos políticos, sino también todas las fuerzas sociales.*

bierno, desde luego, es responsable. Pero también lo son con él otras instituciones públicas: Los sindicatos, la Iglesia, la Universidad, la escuela, y ese conjunto de fuerzas que constituyen la energía social de todos los ciudadanos. Naturalmente que hay manipuladores. En eso tiene razón el ministro de Trabajo, Chaves. Pero los manipuladores no han producido esta resistencia civil, continua, sino que se aprovechan de ella; son los buitres que tratan de disputarse un botín que parece suntuoso y definitivo. Contra la reconversión, en Asturias, no se pide empleo o subvención, sino que se apela ya a la palabra revolución, con todas las identificaciones históricas que se quiera. En el campo, en los sectores profesionales, ya no se protesta, sino que se descalifica. La sociedad española está cuestionando el sentido de su marcha histórica; no se busca a sí misma, empieza a romper las instituciones y el clima de convivencia, sin tener

nada de repuesto. Es una hora muy difícil. Se impone una reflexión, en orden a estos tres objetivos: Conservar las libertades, construir instrumentos para realizar la prosperidad y, de esta manera, poder entrar en la modernidad de los próximos años. Al concierto democrático de buena fe ha sucedido el desconcierto social, después de la confusión política atizada por los seis años de falta de imaginación socialista. Pero no se trata de ideologías. Lo que está en peligro no son las ideologías, sino la convivencia, intoxicada por quienes utilizaron la ideología, unas veces como analgésico y otras como excitante. Son días duros. Todos tenemos que colaborar para que planteen la andadura democrática como un callejón sin salida.

Es por ello, que no se va a resolver el problema, porque el jefe del Gobierno haga una crisis, como en el verano del 85. No porque utilice el paño manipulador de la TVE; esto es mucho más serio. El Gobierno, en el seno del Parlamento, debe plantear la necesidad de unir esfuerzos en la responsabilidad de hacer las cosas. Debe abrirse a la participación. Debe, en definitiva, plantear una nueva etapa a partir de un Gobierno de concentración en el que estén no sólo los partidos políticos, sino también todas las fuerzas sociales.

Hay que aprender de la calle. Y la calle tiene ahora un mal consejero, que se llama ira.